

El fútbol también tiene sus cosas

Sorpreza, casi rayana en estupor, forzosamente ha tenido que producirme la lectura de lo que el señor José Encesa Gubert se ha crido en el caso de escribir, y publicar, en el número de ANCORA correspondiente al día 15 de octubre, he de entender que a guisa de original y, desde luego, muy personalísima, interpretación del fondo e intención de mi escrito aparecido en estas mismas páginas con fecha 1 del citado mes, bajo el título ECOS.

Tanto es ello así, que mi primer, urgente, cuidado después de leído cuanto ha tenido a bien dedicarme, y colgarme, el señor Encesa Gubert, ha sido el de volver a repasar, una y otra vez, el texto íntegro de aquel mi, al parecer, nefando escrito y, francamente, he de declarar que, ni ayudado de lupa he hallado en él cosa alguna que, de cerca o de lejos, haya podido servirle a dicho señor de justificada base para escribir lo que, por lo visto, él cree réplica suya, pero que en modo alguno puede serlo por la sencilla razón de que no ha existido, por mi parte, ataque deliberado de ninguna clase sino más bien todo lo contrario, a nada de lo que él, armado de punta en blanco, se ha lanzado a defender.

En efecto, de zafio, aldeano exabrupto tendría que ser tildado el hecho, inverosímil a estas alturas, de que alguien, conociendo lo que en el envidiable conjunto de nuestra Costa Brava es y representa la maravillosa realización urbanística de S'AGARO, se atreviese, en serio, a ponerle peros y mucho menos aún a escatimar los méritos excepcionales que tamaña sin par empresa supone para nuestro país y, en primerísimo término, para quien, en tiempos en que aún nadie podía ni imaginar siquiera la más remota posibilidad de éxito, tuvo la clarividencia, el genio, aún más, el gesto lleno de cálido romanticismo — que de todo esto tuvo y tiene la magna hazaña — que supo tener el iniciador de su triunfante espléndido auge actual, convertido, tan precipitada como equivocadamente — y de ahí que yo no se lo pueda tomar en consideración — en ocasional detractor mio.

Por idéntica razón, tampoco puedo admitirle al señor Encesa Gubert la estimación peyorativa que caprichosamente hace de las palabras *medrar* y *vasallaje* que aparecen intercaladas en el texto de aquel mi citado escrito, por cuanto, si una aviesa intención no las separa de su sitio, cualquier atento lector, si está exento de prejuicios, estoy seguro que al leerlas entendió perfectamente que no pudieron ser usadas con la malévolos finalidad que tan gratuitamente se me ha atribuido, de zaherir directamente a la persona, respetable siempre aún hallándose en período de incomprensible amnesia, ni mucho menos con el pueril intento de menoscabar la

consolidada fama literaria — fuera esto, además, de una absurdidad ridícula — del autor de la magnífica — aunque incompleta, seguimos muchos opinando — obra de turístico contenido «CATALUÑA»; sino que simplemente, fueron palabras aplicadas en un sentido general y sin desdoro alguno, a todo publicista, a todo profesional de las letras, y hasta, si tanto se me apura, diré que a todo aficionado, incluyéndome a mí mismo, si así se quiere, porque sabido es que hoy en día, y cada vez más, deséese o no, para medrar (sinónimo aquí de adelantar, de destacar, de ascender) en el duro y difícil escalafón de la carrera literaria, véase obligado, en mayor o menor grado, a rendir constante pleitesía y vasallaje a S. M. la Moda, acatando sus inapelables dictados en el área de cualquier de sus múltiples manifestaciones; y esto tan sólo por la potísima y terminante razón de que así lo exige el público lector, al que hay que servir.

Esto, y no otra cosa, fué lo que fundamentalmente dije y quise decir en aquel mi escrito, sin que estuviera en mi ánimo el deseo de diluir en ello la más leve sombra de ofensa personal para nadie, cosa que, por lo demás, nunca ha conjugado con mi formación y modo de ser inclinado más bien a la tolerancia y a la convivencia civilizada.

Es muy posible, casi seguro, que a mi delbelador en flagrante injusticia le es desconocida totalmente la modesta colaboración que, abusando de su amplia hospitalidad, vengo facilitando esporádicamente a ANCORA, este simpático y abierto hebdomadario comarcal. Bien cierto es por otra parte, que nadie está obligado a conocerla, pues que nada importante se pierde tampoco ignorándola. De acuerdo.

Pero, por si no tiene cosa mejor y de mayor fuste en que invertir un poco de su tiempo que ya me imagino muy denso en ocupaciones más rentables — y quiere el señor Encesa Gubert tomarse la molestia de repasar anteriores números de esta misma publicación, creo le será fácil poder constatar, si acierta a analizar bien el auténtico fondo de otros escritos míos, que lo que en todo caso mueve mi pluma no es, como tan precipitadamente se ha juzgado, la «amargura», ni la «ofuscación» ni muchísimo menos aún el «despecho», sentimientos todos de signo negativo reñidos totalmente con mis temperamentales tendencias y reacciones, sino, única y exclusivamente — y de este grave pecado sí que me acuso públicamente — mi hondo, invariable, amor, desinteresado hasta la indigencia, al hermoso lugar de mi nacimiento, a esta nuestra queridísima Ciudad de San Feliu de Guixols, para la que yo quisiera hallar también, si ello fuera posible — y anótese

Ignoramos hasta que punto nuestra latinidad puede influir en los sucesos de nuestra vida. Ya que países muy opuestos y distantes nos ganan con sobrada ventaja en lo que, y al particular, a nosotros nos afecta.

Y, dicho sea sin más preámbulo, que con estas líneas vamos hoy a referirnos a cuanto acontece en nuestros campos de fútbol y concretamente a los de categoría regional que es al fin y al cabo en esta área donde, por moverse en ella nuestra propia experiencia, creemos tener algún derecho a pronunciar unas palabras.

No puede haber neutrales

Resulta totalmente inadmisible la pretensión de querer ignorar que el deporte, y mayormente el de espectáculo, ha de despertar forzosamente las reacciones que mueven a nuestros públicos, ya que es imposible la indiferencia o la pasividad en presencia de cualquier lucha.

Lo que importa es que esa, llamémosla pasión, no se salga nunca de los límites que prescribe el mutuo respeto de una noble convivencia, fruto dorado de una buena crianza.

Dar y Decir, verbos distintos

Así como la agresión, parta de donde parta, debe ser en el acto contenida y luego severamente castigada, entendemos que el derecho de chillar no puede negarse a nadie.

Mientras la protesta sea ejercida con voces y palabras toleradas, que son todas aquellas que no presuponen ofensa directa contra la moral ni contra nadie, resulta sumamente abusivo y destemplado oponerse a que la gente exteriorice su disgusto por el mal comportamiento de un jugador o por un fallo arbitral tendencioso o equivocado. Que de todo y mucho hay, mientras quien puede no lo remedia.

Norte y Sur, polos opuestos

Hemos recorrido infinidad de campos para llegar a la conclusión de que, contra lo que por lógica debería ser, no existe en los mismos y a este mismo particular un criterio uni-

bien esto mi desorientado atacante, que a mí no me duelan prendas — no uno, sino muchos señores Encesa, para poder verla, de la noche a la mañana, convertida — y repárese que no es esta la primera vez que lo digo — en otro S'Agaró, en otro Sitges, pongo por paradigmas merecedoras de emulación, puesto que condiciones naturales y de todo orden no le faltan tampoco para tal destino a nuestro entrañable San Feliu.

Y si dicho lo que antecede, aún le quedase al señor Encesa Gubert alguna duda de lo que yo trato de impulsar y defender con mis modestos escritos es únicamente fruto agusanado de un «mal asimilado amor localista», oiga esto que es pura verdad: También yo, ascendiendo ya en la natural y obligada gradación de afectos y afinidades raciales, me tengo por un buen gerundense; y, créalo el señor Encesa o no, pero sépase que aún, y pese a hallarnos en plena era de la velocidad, yo no acierto a trasladarme a «mi» pueblo (perdón a mi Ciudad) sin pasar antes por *nuestra* inmortal, inolvidable, Gerona (la de finos matices y ancestrales tradiciones, novia afortunada de ríos, urna sagrada de patrias esencias, museo de pétreas filigranas como esculpidas en estrofas de solemne alejandrino corte) y de la que, después de mi fervorosa visita, me alejo — iba a decir, un poco a lo José Pla — tomando nuestro incomparable «carrilet» el venerable, jamás infiel, abuelete que al fin me deja, pasito a paso, así como de puntillas, para que no se quiebre demasiado pronto el hechizo, en «mi» San Feliu, con obligada, y siempre deliciosa-

ficado.

Resulta, por ejemplo, terriblemente injusto y sumamente desagradable constatar que la más ciega parcialidad en muchos campos de juego se halla protegida desde arriba. Mientras la gran masa de público favorable a los colores propietarios puede, con ínfulas de matón, chillar y rechillar alegremente y sin cortapisa, los forasteros, con boca cerrada a doble candado, deben hallarse siempre en estado de alerta si quieren zafarse de la propina que, en dirección única y mano en volea, reparten los celadores.

Y con decir que en nuestro campo y con evidente desprecio a la popularidad más elemental ocurre todo lo contrario, creemos, con la más estricta verdad, haberlo dicho todo.

Ni tanto ni tan calvo

Que en este caso quiere decir ni lo uno ni lo otro,

Repetimos que cuando no se ataca a la moral ni existe insulto a la persona, ni conato de agresión, debemos entender que el orden no se altera.

Que chillar por chillar no es pecado, sino derecho que uno adquiere y paga con las diez pesetas de la entrada. ¿Hay quien puede imaginar un campo de fútbol repleto de público con la lengua trabada y el alma, como pañuelo arrugado, metida en un bolsillo?

No obstante, si de verdad nos proponemos frenar las expansiones guturales que suenan a coro en nuestros campos de juego, no existe normal otro camino que el de extender un magnífico diploma de suspenso a una buena porción de árbitros, responsables directos de la mayoría de alborotos.

Eso es todo

En pocas palabras creemos haber expuesto en su más justa medida nuestro problema casero. Que cada cual desde su puesto recapacite como debe, y ponga su conducta al recaudo de unas virtudes tan excelentes como son la prudencia y la templanza.

EQUIS

El VIII recital de nuestra Escuela de Música

El sábado pasado tuvo lugar en el local del Centro Parroquial Catequístico, el VIII recital de piano, que oportunamente nos había anunciado la Escuela Municipal de Música de nuestra ciudad.

Si a la naturaleza de esta velada, selecta por antonomasia, le añadimos la espontaneidad, la buena voluntad de los ejecutantes y su maestría, junto a la meritoria dirección del maestro Mercader con la colaboración de la licenciada señorita Gruart, no queda lugar a duda de que nos encontramos ante una labor eficiente, digna y selecta.

Todos los alumnos, sin excepción, mostraron la seguridad de unos cursos bien aprendidos.

Un paso más nos fué dado comprobar en esta velada. La interpretación de algunas obras al violín, acompañadas al piano. La exquisitez de las composiciones y su meritoria ejecución vinieron a redondear este memorabile recital.

Felicitémonos todos de esta institución local de música que tanto honra a la ciudad, al mismo tiempo que nosotros nos honramos en felicitar a dirigentes y dirigidos por su tesón en lograr tal orgullosa distinción.

y su evidente profundidad y finura, no creo que les haya descubierto nada nuevo a los habituales, atentos, lectores de ANCORA. ¿Verdad que no, amigos?

Eduardo Bardas Planellas.